

Recordar, compartir, aprender

Castellón

Juan Mor Chiva, 72 años

Renan Durval Aparecido da Silva, 26 años

COSIENDO LAS MEMORIAS DE JUAN: CANTOR, POETA, Y SASTRE, UN ARTISTA DE LA VIDA

El sonido de los primeros disparos no fue lo suficiente para despertarnos en aquella noche de mayo. Solo cuando una bala rompió el cristal de la ventana de la cocina e hizo pedazos la maceta de flores predilecta de mi madre, supimos que el abrigo hecho por mi padre, a tres horas de caminata de nuestra casa, tendría que ser usado.

Con sólo dos años de edad y pocos recuerdos, no tenía ninguna noción del problema con el que nos enfrentábamos, con la guerra civil española. Sin embargo, después de escuchar las recordaciones de mi madre, a lo largo de los años, narradas de manera tan viva y detallada, tengo cada uno de esos momentos guardados en mi memoria de una manera imborrable.

El abrigo era un agujero en el suelo, cubierto por hierbas y arena, en el que sólo cabíamos mis padres, mis hermanos y yo, el más pequeño de todos. Cada paso dado sobre el terreno movía el suelo y despejaba un poco de tierra sobre nuestras cabezas. Así que, mi padre, mi gran motivador, sacó una pieza de su ropa para cubrirme.

Hasta hoy puedo sentir el olor. El olor del antiguo traje gris, cosido por algún sastre desconocido que de alguna manera imprimió en mi alma algo tan especial que jamás olvidaría. Después de que la guerra nos quitara nuestras tierras, tuvimos que alejarnos, y seguir nuestras vidas en otro lugar. A algún sitio donde un día tuvimos huerta, algunos animales y una higuera grande donde yo y mis hermanos jugábamos.

Años después decidí salir del pueblo, que tenía apenas tres tiendas, ninguna de ropa, donde las personas llevaban sus pantalones con cuerdas improvisando cinturones. Así decidí estudiar sastrería, motivado por mi padre.

Cuando llegué a la edad en que todo joven excede en salud, a los 20 y pico, tuve un derrame. Es el momento en que me dijeron que no podría volver a coser, y que me aconsejaron enterrar mi sueño en un agujero cualquiera. Fue ahí cuando compré mis tres máquinas compañeras de toda la vida y cosí la primera línea de una larga historia.

Más de 40 años cosiendo me enseñaron más allá de dar forma a tejidos, me enseñaron que la vida es un arte, y saber vivirla hace de cada uno de nosotros verdaderos artistas, creadores y disfrutadores de esta intrigante obra. Y no aprendí solamente cosiendo, sino con mis compañeros de trabajo, con cada uno de mis clientes, con la poesía y la música que siempre acompañaron las líneas y agujas del oficio, y con mi Mercedes, sobre todo con ella.

Nunca me olvidaré del día en que la conocí.

El camino que llevaba a aquella reunión familiar a la que fui invitado estaba dibujado por el ir y venir de las personas sobre las hojas y flores que caían de los árboles de aquel nublado otoño. Al llegar, encontré un clima festivo. Yo estaba animado, pero nervioso, pues sabía que me pedirían cantar (sólo estaba acostumbrado a cantar para mis trajes). Pero la música ya era parte de mi vida, hacía muchos años rellenando todos los espacios entre máquinas, tejidos y costura de mi oficina -los discos del Dúo Dinámico, de Pepe Pinto y Antonio Molina tenían su lugar reservado en el estante de al lado de la ventana por donde era posible ver la calle y las personas que pasaban por ella.

No había pensado en que canción cantaría, sin embargo, cuando vi por primera vez el rostro de Merce-

Recordar, compartir, aprender

des, no tuve dudas: La violetera, de Sara Montiel, sería la elegida, como si hubiera sido hecha para ella. No tengo dudas que fue amor a primera vista lo que sentí. Por su parte, quizás fuera también amor con la primera nota.

A partir de ese día, empezamos a conversar, conocernos y a propagar nuestro amor donde quiera que fuéramos. Mercedes, que era modista, transformó mi ambiente de trabajo con su gracia, y son su presencia unió mis dos grandes pasiones (coser y amarla), empezó a trabajar conmigo al mismo tiempo que nos casamos y tuvimos nuestro único hijo.

En la compañía de Mercedes, hice tantos trajes que hubo épocas en que no dábamos a basto de tantas encomiendas. Muchos trajes y memorias que forman parte de mi vida... Aunque el tiempo, implacable e inexorable, pase, la memoria impide que las cosas importantes de la vida sean olvidadas.

Ni siquiera cuando estoy durmiendo... La vieja cortina de terciopelo se balancea con el pasar de la brisa que me despierta de más de un sueño nostálgico. Soñaba que estaba delante de mi maquina, cosiendo un traje que formara parte de la historia de mi vida, así como yo lo hiciera 40 años atrás, con mi dulce Mercedes, la dueña de la sonrisa más linda de todas.

Me levanté de la cama y eché un vistazo en cada uno de los rincones de la habitación, atravesé el corredor, pasé por la cocina y fui a la habitación donde nadie, más allá de mis viejas maquinas duermen. Analicé cada una de ellas como si tuviera la intención de establecerles un valor. La verdad es que por más que lo he intentado, no he logrado encontrar una respuesta.

A mi izquierda estaba el viejo armario de madera con la puerta por arreglar desde años atrás. La abrí y encontré, guardado, como siempre, un antiguo traje de aquel que fue mi mayor motivador. Le quité el protector de plástico que lo envolvía y lo apreté contra mi nariz para sentir el olor en el intento de recuperar algún recuerdo.

Aquel mismo olor imposible de olvidar, que por poco no libera las lágrimas que se acumulaban en mis ojos.

Miré de vuelta las maquinas, marcadas por el inevitable pasar del tiempo y de no realizar más líneas en los tejidos de la vida...

No estarán muertas jamás. Pues las líneas de la memoria seguirán en la eternidad de los recuerdos. Siempre vivas, siempre presentes.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La salud, la educación y el amor.

Así, sencillamente, es como Juan define lo que, de verdad, es importante en la vida. Haber sufrido un derrame tan joven y haber pasado por la experiencia, común a aquellos que viven mucho, de ver partir personas a quien ama, hizo que Juan valore de una manera especial la importancia de tener sus capacidades físicas y mentales sanas. La salud proporciona la posibilidad de mantenerse de pie para enfrentar los obstáculos de la vida.

La educación engrandece el hombre, lo prepara para la vida, para construir y aprovechar oportunidades. Posibilita que uno tenga conciencia de su historia y del mundo que lo cerca. Conocer el pasado es importante para construir el futuro. La educación es una herramienta hacia un mundo mejor.

Ya el amor... Ah, el amor... El amor es la piedra filosofal en forma de sentimiento. Añade valor a todo lo que toca, eterniza los pequeños y los grandes momentos y hace que la vida, definitivamente, valga la pena ser vivida.

La memoria sostiene todo eso, hace que el hombre nunca se olvide de quién es y porque y para que se vive. "Socorrer a los necesitados, vestir a los desnudos, dar de comer a los hambrientos", es un bonito lema defendido por el protagonista de esta historia.